

De la escuela a la asamblea de mujeres:
Experiencia, sentidos y emociones en una organización de
mujeres del Gran La Plata (2017)

Juliana Esquivel, estudiante de Sociología en Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación

esquiveljuliana95@gmail.com

Organización, Mujeres, Experiencia

Introducción

En el presente trabajo me propongo estudiar cómo los procesos de organización en una Casa Refugio contra la violencia sexista, funcionan como espacio de resignificación colectiva de experiencias individuales para las mujeres que habitan dicha organización. La Casa de las Mujeres nace a partir de la construcción de una Casa- Refugio para mujeres víctimas de violencias de género en 2015; es decir, funciona como Refugio (entendido como lugar de hospedaje transitorio) y como espacio de militancia de un colectivo de mujeres (tanto pertenecientes al cordón hortícola como al casco urbano platense). En esta ponencia, por un lado, me centraré en la génesis de la organización en su doble condición de Refugio y Casa y en su relación con la Escuela Popular Tinku, señalando qué consecuencias tiene esta relación en el funcionamiento actual de la Casa. Por otro lado, me interesa trabajar sobre la experiencia que se construye en dicho espacio, atendiendo a los marcos de sentido y a las emociones que circulan en la organización y configuran esa experiencia.

Historia de la organización- historia de mujeres

La Casa de las Mujeres es una Casa- Refugio abierta para mujeres víctimas de violencia sexista. Nace en 2015 con la construcción material de la Casa aunque las militantes platenses me han señalado que *los acompañamientos vienen desde antes*. Esta distinción (militantes platenses) es una manera de referir a las diferencias y desigualdades que componen a las mujeres que participan del espacio. A grandes rasgos: “las mujeres de los barrios” y “las militantes platenses”. Esta línea de demarcación se enuncia y se actualiza en prácticas (por ejemplo el hecho de que las militantes platenses tengas reuniones donde compartan tanto los acompañamientos como los objetivos y temáticas de los talleres), aunque no se manifiesta en las expresiones materiales de la organización como volantes, comunicados vía Facebook, fotos, pintadas en la Casa, etc. Sin embargo, tanto en dichas expresiones como en los discursos que actualizan en la organización suelen referir a un *nosotras*. – En formas verbales o en cómo hablan las prácticas, el uso del tiempo, las corporalidades, entre otros- *¿Nosotras las mujeres de los barrios periféricos de La Plata? ¿Nosotras las mujeres migrantes? ¿Nosotras las quinteras? ¿Nosotras las militantes de la izquierda popular sensibles a las desigualdades del capital y el patriarcado? ¿Nosotras las mujeres? ¿Nosotras las feministas?*

En este punto de mi análisis, será imposible reponer respuestas cerradas a estas preguntas. En esta ponencia me propongo iniciar el proceso de diferenciación entre dichas subjetividades, entendiéndolas como “procesos de par sentido” en los términos de De La Garza Toledo (2001), como efectos del encuentro con Otrxs y no como esencias.

Dicho esto, un volante repartido en una de sus reuniones abiertas de la Casa dice que la historia de la organización empezó así:

(...) Surgió primero como un refugio, y esa es una de sus funciones principales. Pero *le cambiamos el nombre* a Casa de las Mujeres, y no refugio, porque también queremos que sea un lugar de encuentro, de risas y charlas, un lugar lleno de alegría, de talleres, comidas, bebidas y diversión. Apostamos a que sea un espacio de organización popular, desde el cual luchar para cambiar cada día este mundo en el que vivimos (...) (las cursivas son mías)

En primer lugar, me pregunto ¿quién escribió este volante? la gran mayoría de las mujeres que se organizan en la Casa son migrantes de Bolivia, quinteras, madres, que han seguido/terminado sus estudios (de alfabetización, primarios o secundarios) en la Escuela Popular Tinku impulsada por el Movimiento SeisMil nucleado en la Corriente Surcos. Durante mis observaciones, nunca escribieron un volante. Los volantes los traían las militantes platenses, como *ideas sin cerrar*, abiertas a la discusión y modificación. No puedo saber de manera exacta quiénes escribieron ese volante ni quiénes decidieron *cambiarle el nombre* a la Casa. Sí es posible inferir que quienes cuentan esa historia en el volante son las militantes platenses, el uso de la palabra escrita, los modismos, el efecto militante en un volante son técnicas de escritura que no he visto sean utilizadas por ninguna de las mujeres del barrio, ni siquiera las referentes de la organización.

En segundo lugar, en este fragmento se pueden señalar los dos sustantivos que eligieron para definir a la organización: Casa y refugio. Según el relato de distintas militantes (aquí sí, tanto “del barrio” como “platenses”), la idea de un refugio nace de María, una estudiante de la escuela popular quien cuenta a sus compañeras y docentes la situación de violencia que estaba sufriendo por parte de su pareja; luego de que muchas otras mujeres de los barrios relataran vivencias similares, María dice de alquilar un terreno y construir un refugio para todas las que lo necesiten. Como señalaré más adelante, una de

las dinámicas presentes en esta primera escena se mantiene hasta hoy como momento central de los encuentros; gran parte de lo que pasa cada sábado en la Casa, tiene que ver con compartir las historias personales, volverlas colectivas, comunes y resignificarlas desde esa misma experiencia.

Ahora bien, según lo dicho en una entrevista por María¹ (quien “tuvo la idea de alquilar el terreno y construirlo” según los relatos) hubo sólo una o dos mujeres utilizando la Casa como refugio (es decir como lugar donde vivir transitoriamente). Más bien éste se transformó en un lugar donde discutir y ponerle nombre a las violencias de género, en un comedor, en un espacio para hacer talleres, en un lugar donde ejercer el ocio, etc. No obstante esta ampliación de objetivos (no olvidemos que en el volante señalan que le cambiaron el nombre a Casa de las Mujeres), es posible pensar que la propia idea de un refugio tradicional no puede reducirse a la de una cama y una asistencia temporal para salir de una situación específica. Siguiendo a Beatriz Ruffa (1997) es el sentido común quien señala a los refugios como espacios donde se deben proteger a las mujeres y sus hijxs ante situaciones críticas de violencia. Si bien no hay que minimizar esta función, Ruffa destaca que además, para ser efectivos, trabajan sobre el problema dando un marco y punto de partida para salir de relaciones violentas (lo cual implica una centralidad de las mujeres en el proceso). Es este eje el que se trabaja en la organización. Más allá de su funcionamiento o no como lugar secreto donde las mujeres pueden acudir, es en este espacio donde comparten sus historias, reflexionan y ponen nombre a las violencias que sufren o sufrieron, y las construyen como parte de un pasado común como mujeres, migrantes y madres.

Asimismo, un elemento del sentido común que señala Ruffa es la paradoja según la cual el refugio nos remite a una imagen cerrada (y aquí ingresa también la manera de gestionar los refugios estatales desde su confidencialidad o su encubrimiento) mientras que la eficiencia del mismo reside en su capacidad de dialogar y tender redes con otras instituciones. Es decir que si bien la imagen nos habla de un edificio escondido, abierto sólo para quienes solicitan quedarse en él, parcelado en el tiempo, la experiencia de esta organización habla del encuentro entre mujeres que construyen una experiencia compartida y militante. Es posible afirmar que esta tensión no es particular de la Casa sino que tiene que ver con la dualidad de la idea de Refugio (como lugar cerrado que al

¹ María es una mujer nacida en Bolivia, de entre 30 y 40 años, con dos hijos, trabajadora quintera, que vive en Abasto. La entrevista fue realizada por mí el 24/11 en la Casa de las Mujeres luego de hacer observación participante en la jornada.

mismo tiempo necesita redes para ser efectivo). Lo específico de esta organización tiene que ver con la manera que atraviesa dicha tensión. Y esto es importante al momento de pensar si la organización cumple o no con los objetivos que se propone. Como apunta María en la entrevista: *Tampoco vinieron muchas mujeres, vino una sola que se quedó unos días. ¿Si sólo una mujer usó el lugar como Refugio, cómo es posible que continúe funcionando?* La respuesta pareciera surgir de dos elementos. Por un lado, las acompañadas son muchas más que las que llegan al punto de usar la Casa como refugio. Como puede verse en la siguiente nota de campo, la mayoría de las participantes de los talleres² (muchas de las cuales no eran militantes de la Casa específicamente sino que participaban en algún Comedor impulsado por Surcos en barrios cercanos³) se reconocen como víctimas de violencia de género. Pareciera que generar el lugar para compartir esas historias, hacerlas colectivas, es una de las funciones del refugio; y es también el primer paso para desnaturalizar la violencia.

Las chicas del CAV (*Centro de Atención a las Víctimas de violencia de Género*) presentaron el taller, llamándolo “Mujeres, violencia y organización”. Luego nos invitan, en ronda, a presentarnos. Las mujeres de Abasto, Ruta 11, Latinoamérica (entre otros barrios) mencionan en sus presentaciones las ganas de *aprender juntas*, de *capacitarse*, *crecer*. La mayoría dice haber vivido situaciones de violencia (y quienes no se reconocen así, son platenses), hablan de la *experiencia de violencia en mi espalda*, de sufrir *ese problema*. Una mujer al decir que sufre violencia exclamó *¡Parece que nos toca a todas!*

Como muestra el fragmento, el refugio se transforma en Casa cuando, más allá del acompañamiento, hay un trabajo colectivo sobre las historias personales. Y ese trabajo no puede dissociarse de la experiencia pedagógica de la Escuela Popular Tinku.

2 El trabajo se basa en observaciones participantes y entrevistas realizadas entre noviembre y diciembre de 2017. La mayor parte de los encuentros fueron talleres dictados por el Centro de Atención a las Víctimas de Violencia de Género de la Facultad Ciencias Jurídicas de la UNLP. En estos talleres participaron militantes de la Casa que viven en el cordón hortícola, militantes platenses, mujeres que participan en Comedores de la zona (articulados por Surcos) y las talleristas del CAV.

3La Corriente Surcos La Plata, y en particular el Movimiento 6 Mil que motoriza un proyecto de educación popular en los barrios de la zona de la Casa, decide en 2014 abrir la Escuela Popular Tinku que funciona en la Escuela n° 70 de Abasto.

De la escuela a la asamblea de mujeres

Según los relatos recuperados en las observaciones participantes y en entrevistas, la Casa aparece asociada a la experiencia educativa; lo cual, en primer lugar, nos aleja de otros análisis de organizaciones de mujeres de la provincia de Buenos Aires. En este sentido, los trabajos de Partenio (2009) y Espinoza (2011) referidos a al FPDS y al espacio de mujeres generado desde allí, son un antecedente y un contrapunto interesante con este trabajo. Por un lado, ambos señalan que la creación de un espacio de militancia específicamente de mujeres remite a la jerarquización de demandas al interior de una organización mixta preexistente y a la imposibilidad de las militantes de tomar la palabra en espacios de discusión políticamente masculinizados. En este sentido, la lucha por un espacio propio implica una lectura previa de relegamiento y desinterés, sobre todo de parte de dirigentes varones. En el caso de la organización estudiada, la construcción de un espacio de mujeres no parece explicarse por la imposibilidad de organizaciones mixtas anteriores de canalizar sus demandas o darles voz, sino por el encuentro entre compañeras de escuela, madres de estudiantes, militantes de la Corriente Surcos y profesionales platenses no agrupadas, en el espacio escolar. Esta heterogeneidad es importante porque la organización comienza con una mayoría de mujeres sin trayectoria militante previa (en contraposición con la Asamblea de Mujeres del FPDS, por ejemplo)

En segundo lugar, la génesis asociada a la escuela nos permiten señalar dos cuestiones: 1) la dinámica de sus encuentros y las relaciones con las militantes platenses de Surcos y de la Casa de las Mujeres están atravesadas por el hecho de haberse encontrado en la escuela 2) la experiencia de militancia asociada a las cuestiones específicamente de género es indisoluble de la militancia territorial de los comedores y la escuela popular.

En relación al primer punto, el origen de la organización ligado a la experiencia educativa es una constante en sus relatos. Como señala María en dicha entrevista:

En la escuela C (*directora de la escuela y militante de Surcos*) nos invitaba (*silencio*) Por ejemplo pasábamos, yo estaba pasando por una situación de violencia de género (...) yo contaba en la escuela a las compañeras lo que yo estaba pasando. Pero no era la única que estaba pasando por lo mismo, había muchas compañeras. (...) De ahí surgió la idea de hacer la casa (...) Si no hubiese sido la escuela no había nada, no nos encontrábamos. En la escuela nos conocimos con todas (...) nos ayudaban cuando íbamos a la escuela. Antes no conocíamos a nadie. (...) Desde la escuela me empecé a conectar.

Para María la escuela fue el espacio que propició el encuentro con otras compañeras del barrio y con sus docentes. Pero la conexión no termina en que la escuela fue el soporte para el encuentro. Una hipótesis interesante de trabajo tiene que ver con las consecuencias que tuvo el hecho de que la Casa se construyera atravesada por relaciones pedagógicas (teniendo en cuenta que muchas de las mujeres que participan de los talleres de la Casa también lo hacen en el proyecto de alfabetización ahí mismo o asisten a la escuela donde C es directora). Durante las observaciones realizadas en noviembre del 2017, eran constantes las referencias a *una situación escolar*: esperar a que lleguen las militantes que no son del barrio para empezar las actividades, la vergüenza al momento de poner en común lo trabajado en un taller (con frases como “*No hicimos la tarea, desaprobamos todas*”), las preguntas sobre si lo que están diciendo es correcto o no, el referirse a los talleres como “*las cuatro clases que estudiamos sobre violencia a la mujer*”, etc.⁴ Estas frases construyen una imagen de los talleres en la Casa como espacio en donde se relacionan como lo hacen en el Bachillerato popular o en las instancias de alfabetización. Si bien podría decirse que no hay una organización del espacio en términos áulicos, sí es cierto que los sentidos y prácticas de su experiencia educativa (paralela o previa) reaparecen cada sábado en la Casa al hablar de *la tarea, las clases, el desaprobar o el recreo*.

Esa actualización de referencias educativas se entrecruza con la segunda cuestión mencionada: la militancia de género de la Casa no puede pensarse dissociada del hecho de ser un comedor (relacionado con otros comedores), un espacio donde se realiza alfabetización, etc. De hecho, la propia militancia de género se monta sobre estas relaciones con otros espacios para difundirse y multiplicarse. Por ejemplo, el taller que presencié a fines de 2017 sería replicado durante este año por las que participaron en otros comedores de la zona, la mayoría de las participantes se enteran de los talleres por su participación en otros comedores, etc. Esta dualidad es mencionada por Eli⁵ cuando dice:

(...) Algunas compañeras tenían *violencia*, empezamos por ese rumbo a juntarnos. (...). También por el tema de que no podían

4 Notas de campo sobre observaciones realizadas entre Noviembre y Diciembre de 2017.

5 Eli es una mujer de Abasto de aproximadamente 30 años de edad, madre, trabajadora quintera que vive en la zona hace 8 años. La entrevista fue realizada el 24/11 junto con María.

llegar a fin de mes; por eso la idea de armar un comedor también acá. (...) Algunas se copan más con la de género y algunas con la mercadería también (...)

Es por todo esto que afirmo que la Casa no es sólo un espacio de talleres y refugio, se construye también como un comedor, un lugar para organizar una feria de ropa, para vender bijouterie o maíz inflado, donde jugar al fútbol entre amigas o donde encontrarse con una compañera del curso de la escuela para hacer la tarea.

Sentidos y Emociones

El estudio de experiencias de organización puede nutrirse de diferentes categorías que tienen supuestos teóricos y epistemológicos que es necesario explicitar. Siguiendo las definiciones que recupera Retamozo (2009), es necesario problematizar las categorías de identidad y sujeto colectivo como herramientas para abordar la complejidad de vivencias que se tejen en esta organización. En este sentido, sostengo que estas nociones no son herramientas pertinentes para el acercamiento inicial al campo ya que *cierran* la pluralidad de vivencias que hay que explicar antes de suponer sujetos, identificaciones, etc.

Es por esto que, el planteo de la pregunta de investigación en relación a cómo la experiencia de organizarse contra la violencia sexista⁶ funciona como espacio de resignificación colectiva de experiencias individuales, no supone una experiencia

6 La utilización indistinta de las categorías de *violencia de género* y *violencia sexista* alude a una cuestión de estilo de escritura. Sin embargo, hay diferencias. La categoría de violencia sexista fue planteada por los feminismos *antes* de la introducción de la noción de género en dichos estudios. Para algunas feministas académicas, la revalorización de la categoría de violencia sexista tiene que ver con recuperar una genealogía de análisis y militancias que pensaban las experiencias de las *mujeres* violentadas poniendo el acento en el *sexo* como eje de la opresión y poniendo el énfasis en el carácter político de las relaciones entre varones y mujeres. El feminismo radical y el feminismo de la diferencia son exponentes de esta perspectiva. Con la *explosión* de la categoría de género en los estudios feministas y de las mujeres, se abre la posibilidad de pensar por un lado, el sexo-lo biológico-el cuerpo y, por otro lado, el género-las identificaciones culturales- lo construido. Es esta dimensión construida, cultural a la que alude la categoría de *violencia de género* (aunque el *sexo* en los feminismos antes citados no este necesariamente naturalizado sino más bien que sea la experiencia a explicar y modificar). Es necesario aclarar que la dicotomía naturaleza/ cultura, sexo/género, lo dado/ lo construido ha sido criticada como estructura temporal y lógica por muchxs feministxs, la exposición más citada es la de Judith Butler en *Cuerpos que importan* (2010). Ver de Beauvoir (1982) [1949]; Millet (1995) [1969]; Wittig (2006) [1976], Butler (2010), Scott (1993) Scott (2001)

colectiva sino, primeramente, un espacio compartido de construcción de vivencias individuales.

En este sentido, dicha experiencia de organización genera vivencias compartidas donde podría haber una identificación entre quienes la comparten/construyen. Pero esta identificación debe quedar, conceptualmente, en suspenso para analizar primero las dinámicas presentes en la Casa.

Como señale anteriormente, la Casa de las Mujeres nace y se sostiene atravesada por relaciones ligadas a la escuela. Tiene además la particularidad de ser un espacio de militancia de mujeres, tanto como Comedor, lugar de recreación y/o militancia de género. Esta heterogeneidad de prácticas construye una experiencia dentro de la organización que es necesario analizar bajo la clave de Scott (2001). La autora sugiere que el análisis de la misma no puede reducirse a su documentación (como si a través de su relevamiento accediéramos a un discurso verdadero y esencial sobre lxs sujetxs sociales), sino que su comprensión debe partir del trabajo sobre las significaciones que construyen la experiencia, sobre las categorías que la nombran y las emociones que la configuran. Es por esto que, si nos interesa recuperarla en toda su complejidad, es necesario señalar los sentidos que la construyen. La experiencia que configura la participación en esta organización es compleja ya que distintos marcos de sentido disputan su actualización y normalización en la misma. Asimismo, la complejidad viene dada por la relación entre lo que sucede al interior de la organización y la manera en que hablan las prácticas, los gestos, la división del tiempo, el uso de la palabra, etc. (tanto al interior del espacio militante como en la vida cotidiana de las participantes)

El trabajo sobre la experiencia, en el caso de la organización estudiada, puede partir de un pequeño análisis de la principal dinámica en los talleres observados: la asamblea de mujeres, la rueda de presentaciones, de puesta en común de las historias personales, de intercambio de estrategias ante la violencia, de trayectorias, etc. Este momento estuvo presente en todos los talleres y, según las participantes, es vertebrador de cada encuentro semanal.

En este punto es interesante hacer un breve comentario en relación a dicha dinámica. Este momento parece actualizar una manera de hacer política (un ethos militante) propia de los feminismos radicales de la segunda ola⁷, así como una práctica a la cual están

⁷ Ver "She is beautiful when she's angry". Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=Y6SOp3_k_uq (Visitado 23/3/2018). Ver Ergas (1993: 167)

acostumbradas por ser un dispositivo de organización en las instancias: Territorial, Plenarios de la Corriente Surcos, UTT, entre otros. Ahora bien, esta instancia de construcción colectiva de sentidos y reelaboración de sus historias no puede pensarse como “dada”. Scott (2001) señala esto como uno de los posibles peligros de simplificar la consigna *lo personal es político*; si no es deconstruída la experiencia, la consigna podría reducirse a que el conocimiento personal de la opresión es el origen de la resistencia, como si la mera referencia a la historia personal bastara por sí sola para reconocer las violencias y posicionarse en contra de ellas.

Con esta advertencia en mente, es posible pensar que en estas instancias de presentación se tejen y tensionan diversos sentidos que traen las mujeres de los barrios, las militantes platenses y otras mujeres invitadas (por ejemplo las talleristas del CAV). En estas escenas suelen ocurrir dos cosas: se pone en común lo trabajado en los talleres y/o se debate algún tema coyuntural. Centrándonos en el primer caso, estas ruedas de presentación se vieron atravesadas por relatos personales sobre violencia sexista (ya sean propios, de sus familias o amigas); como ya señalé, en la primera presentación del taller al que asistí la mayoría de las mujeres se presentaban con su nombre, su barrio y un reconocimiento de haber sufrido violencia machista por parte de sus parejas, sus ex parejas o padre de sus hijxs. Algunas de estas historias, introducen también referencias a las resistencias. Como dice Margarita:

El grupo de Margarita (...) imaginaban ser una mujer en su casa, con su hijo, que escucha una discusión en la casa de al lado. Identifica la voz de la mujer y su pareja varón que parece golpearla. La pregunta del taller era qué harían. En la puesta en común Margarita cuenta que es una situación muy parecida a una que vivió ella. Y que había ido hasta esa casa (...) y se había llevado a su vecina a su casa. Ante la pregunta de otras compañeras sobre si no había tenido miedo o si el varón no le había hecho nada, ella dijo que cuando es una compañera no hay que tener miedo porque es una compañera. Se hizo silencio y ella repitió: No tenés miedo. Es una compañera.

La referencia a ser **compañeras** por el hecho de ser mujeres y violentadas (y tal vez por vivir en el mismo barrio, en condiciones similares) es central para comprender la manera en que construyen su militancia. En otro taller Eli (quien vive muy cerca de la Casa) comentaba lo difícil que era escuchar relatos de violencia sin bajar la cabeza o la voz, porque *te hacen acordar a lo que te pasó*. Esas historias personales que se vuelven colectivas son el eje para sentirse compañeras. No obstante ésto, la referencia a

situaciones violentas es acompañada de risas y chistes. Cada sábado se escuchaban frases como “*No me apures (en el trabajo) o te dejo y me voy a la Casa*” “*¿Qué se mate, me voy más rápido!* (hablando de las amenazas de suicidio por parte de los violentos), risas ante la respuesta de una compañera: *Tallerista -¿Cuál es el problema central del barrio en relación a la violencia hacia las mujeres? N – ¡Los hombres!*

La risa y el chiste, también ayudan a tejer sus historias entrecruzándolas con sentidos como feminismo y **organización**. Ante la pregunta por qué significan estos términos para las participantes ellas responden:

Yo: (...) el puño feminista. Que veo también está pintado en la casa. ¿Qué significa? ¿Quién lo pintó? Silencio

M: Mmmmm. (*Risas*). No se eso... está en la bandera (Señala a la Casa donde hay una bandera que dice “La revolución será feminista o no será”). Representa a las mujeres

E: Representa el feminismo. (...) No sé si está bien la respuesta.... pero que (...) puede ser una lucha de mujeres, que vamos contra la violencia de género, hacemos la marcha de Ni Una Menos. (...)

Yo: ¿Cuándo decís nosotras hacemos, a quién te referís: a la Casa o al movimiento de mujeres?

M: La Casa forma parte de eso

Yo: ¿Por qué?

M: Porque todas somos mujeres y...

E: ...y nos organizamos.

La referencia al feminismo es sumamente problemática. En las observaciones participantes que realicé nunca apareció como concepto en boca de las mujeres migrantes de los barrios, sino que, por un lado, fue traído por las militantes platenses, las mujeres invitadas a dar talleres o yo misma y, por otro lado, se vio cristalizado en banderas, pintadas, canciones, etc. ¿Significa esto que las mujeres que componen la Casa en su conjunto no se reconocen como feministas? Más bien pareciera suceder que en el proceso de movilizar marcos de sentido para producir y explicitar una vivencia, el feminismo no es un significado que sea pregnante en el discurso de la mayoría de las mujeres del barrio. En este sentido, el fragmento de la entrevista es pertinente porque muestra la presencia de sentidos movilizados de manera recurrente que constituyen una subjetividad entendida como proceso – un devenir subjetivo- (De la Garza, 2001), pero no fue una estrategia pertinente para indagar sobre el feminismo como sentido

movilizado para construir la experiencia compartida. Ahora bien, es posible establecer una cadena de significados, una constelación alrededor que, de manera tangencial, evocan el núcleo de la experiencia feminista⁸.

Como puede verse en los distintos relatos de las participantes, hay un proceso donde se comparten sus historias, se nombran violencias y se las tejen con distintos sentidos y prácticas. Es por medio del volver a pensar su historia que comienzan a hablar de un **nosotras**, de las organizaciones de mujeres, del pasaje de vecina a compañera. Esa identificación con un nosotras, que forma parte del movimiento de mujeres se fortalece y tensiona con los significados que asocian con las feministas. Por ejemplo, en un taller donde hablaban de las características de una promotora *ideal* contra la violencia de género decían:

(...) Que genere confianza, con quien se pueda hablar, con tacos altos para ser más alta que el violento, que sepa y enseñe autodefensa, que tenga brazos largos para abrazar a todas las mujeres. Ornela, una militante platense, dijo que quería agregar feminista. Preguntó si sabían qué era eso. Una hizo que no con la cabeza. Otra respondió que es cuando se lucha por las mujeres. Ornela dijo que por la igualdad, para que no estemos más oprimidas (....)

En resumen, la participación en la organización configura y provee marcos de sentido (siempre disputados) y categorías que (re)construyen las historias personales. En ese proceso, las participantes actualizan una manera de hacer política, construyen un nosotras y debaten y experimentan qué puede ser el feminismo.

Ahora bien, la construcción de la experiencia no sólo debe pensarse desde los sentidos, sino también desde la emocionalidad. Para esto es útil recurrir a Ahmed (2015) quien

⁸ Una problematización exhaustivo sobre qué significa la experiencia feminista, tanto para la literatura feminista como para las mujeres organizadas en la Casa excede los límites de esta ponencia. No obstante es necesario señalar que *experiencia* ha sido una categoría central tanto para los feminismos académicos como para las militancias. Asimismo, la reflexión sobre las *experiencias de las mujeres* son el núcleo de trabajo desde los grupos de autoconciencia del feminismo radical estadounidense en la medida que se proponen poner en común las vivencias individuales, notando su carácter sistemático y colectivo en relación a las desigualdades entre los sexos. Aquí señalo experiencia feminista en relación a estas prácticas de autoconocimiento y revisión colectivas que develan el carácter sexuado de las mismas y nombran las desigualdades que se tejen a su alrededor. Ver Bach (2010)

analiza cómo funcionan las emociones moldeando cuerpos (ya sean individuales o colectivos). La autora sostiene que en el sentido común las emociones se han psicologizado cuando en realidad son prácticas culturales y sociales que crean el efecto mismo de las superficies y los límites de los cuerpos. Esta construcción de los cuerpos colectivos por parte de las emociones nos lleva a la pregunta por el lugar de la vergüenza y el amor en esta organización.

En relación a la vergüenza, en las puestas en común las mujeres tendían a agachar la cabeza, ruborizarse, evitar hablar o buscar una vocera para que lo haga. Según la autora, esta vergüenza es sentida porque se ha fallado en acercarse a un ideal. La pregunta es ¿Cuál es el ideal del cual se alejan al tomar la palabra? Una primera respuesta es que se alejan del estereotipo de mujeres calladas y devotas (el cual es particularmente recordado por la policía local, quien se niega a tomar denuncias por violencia de género y las “manda de vuelta a sus casas”), que aquí es también un estereotipo racial y de clase. En este caso, el estereotipo de mujer es de mujer migrante, con derechos vulnerados y vulnerables (en el acceso a la salud, a la educación, a la justicia, al trabajo digno) y además trabajadora informal, no sólo explotada por los trabajos de reproducción no reconocidos ni remunerados, sino también por condiciones de trabajo. Muchas de las participantes pertenecen al cordón hortícola y son quinteras. Lo sé no sólo porque lo dicen al presentarse, sino porque hablan de dolencias particulares por el trabajo en las quintas, de los tiempos del riego, de la siembra y la cosecha.

Ahora bien, esa vergüenza es muchas veces superada, tramitada colectivamente. Es un rasgo que Eli critica durante la puesta en común del taller sobre las características de las promotoras contra la violencia de género. *Noté que en el grupo de Emilia nadie se acercaba a contar la lámina. Eli dijo que si no se acercaban iban a depender siempre de ellas (lo dijo señalando a Emilia –militante platense–) Lentamente algunas se acercaron.* Es decir que si bien el mandato las ubica en el lugar de mujeres madres, trabajadoras, abnegadas y silenciosas, la Casa las invita (y muchas veces parece empujarlas) a tomar la palabra, a intervenir, a disentir con lo que otras compañeras plantean.

Otra emoción que circula construyendo el cuerpo colectivo e individual de cada mujer que atraviesa la Casa es el amor. El amor como sororidad, como eje para tejer relaciones horizontales y no violentas: el amor de Margarita hacia su vecina, el de Eli cuando tiene

que bajar la cabeza por la identificación con el dolor de la mujer denunciante, de María cuando dice

(...) de los Encuentros (Nacionales de Mujeres) volvés con otros pensamientos. Aprendes más (...) porque no somos las únicas que estamos aquí y nos organizamos (...) hay muchas provincias que hacen lo mismo. Que se juntan entre amigas o de ahí surge esa idea de ¿Cómo se llama? Tejer redes... A mí me gustó encontrarme con mujeres que hacen lo que hacemos nosotros.

Esta referencia al amor no debe llevar a una mirada ingenua sobre las relaciones sociales que se crean en la Casa. Según las observaciones participantes, los temas a debatir en las asambleas, las maneras de hacerlo, los ejes de los talleres, los materiales, todos esos elementos son pensados por las militantes platenses de clase media, universitarias; lo cual puede explicarse en relación al tiempo que disponen y los conocimientos y recursos materiales que movilizan para ello. Si bien observé un diálogo entre los temas que proponen las mujeres del barrio y las platenses, esta determinación en última instancia por parte de las universitarias puede deberse a un resabio de infantilización contra la cual las platenses luchan expresamente.

A me dice que muchas veces escucha “a otros hablando a través de las voces de las mujeres”, se refiere a un caso del barrio, donde una mujer las acusó de haberla “engañado” ya que se había sentido usada políticamente. Cuando le pregunté por su reacción ante esto me dijo que ellas no solo se sentían terrible, sino que lo peor era ver a otro hablando a través de otras mujeres. Pero que no se puede hacer nada, porque son decisiones de cada una. Me remarca también la necesidad y la tensión de no infantilizar, de tenerles paciencia en sus procesos, y “no ser la madre que las manda a hacer cosas”. Me dice también que eso significa poder marcarles que lo que están diciendo está mal, que no es correcto, que esa voz (refiriéndose a la mujer que las acusó de usarla políticamente) no la favorece.

Como aparece en esta nota de campo, no infantilizar significa, por un lado, mantener (y muchas veces) construir espacios de decisiones autónomas; pero también significa contradecir, disputar y argumentar con personas que consideramos iguales y no sujetas

vulneradas a quienes no podemos contradecir jamás. Esto podría entenderse como un acto de no-revictimización que, paradójicamente, se vive como tenso en la medida que se discute con la mujer violentada.

Ahora bien, esas redes tejidas sobre sentidos y emociones deben trascender la recopilación de historias personales para invitarnos a reflexionar sobre las heridas⁹ que nos constituyen. Pero no basta con nombrar la herida, no alcanza con las rondas colectivas donde cada una nota en su historia personal la historia de muchas otras, porque incluso el relato puede llegar a reificar la herida y a fetichizarla (Ahmed, 2015) El trabajo, en esta organización, sobre esa experiencia narrada se da a través de espacios de confianza desde donde (re)construir la experiencia sin aceptarla como dada e inevitable. Durante un taller dictado por el CAV:

Antonia preguntó qué era la violencia obstétrica. Ante la respuesta de la tallerista, ella dijo que entonces ella había sufrido esa violencia. Porque cuando había ido a parir a su tercer hijo le habían dicho que le iban a ligar las trompas porque ya tenía muchas cesáreas y “no la podían andar abriendo y cerrando todo el tiempo”. Antonia dijo, yo ahora no sé si puedo tener más hijos, si quiero tenerlos no sé cómo voy a hacer. No me explicaron.

Pareciera ser que, en el mismo momento de compartir las experiencias con otras mujeres, se van transformando las visiones que tienen de sí mismas y de sus compañeras; dándose una reflexión que les permite ver/saber algo que antes no sabían. Eso que le pasó, ahora tiene un nombre, es un derecho vulnerado. No se trata de descubrir algo que ya estaba en la memoria y fue develado sino de un proceso de (re)construcción del pasado y de (re)posicionamiento personal con respecto a esto.

Elijo terminar con la escena final de los talleres dictados por el CAV. Allí las talleristas prendieron incienso, palo santo y otras planta medicinales y nos invitaron a sentarnos en círculos y relajarnos. Los ejercicios de relajación no necesariamente fueron seguidos por todas, algunas se reían o miraban de reojo; pero al momento de reflexionar sobre lo sucedido la mayoría participó. Según el registro de campo:

Abrí los ojos y me sentí muy relajada después de haber hecho los ejercicios de respiración, las chicas del CAV hablaban bajito preguntándonos qué habíamos sentido y que nos llevábamos de los talleres. Una mujer dice que se va más tranquila a su casa, en paz,

9 Ver Ahmed (2015) pp. 66, 101, 302.

otras hablan de volver cargadas de buena energía a sus casas. Una dice que lo siente aquí (y se señala el centro del pecho) y que después se siente más liviana caminando con su hijo. Que se sienten acompañadas y que la semana es más corta cuando los sábados van a la Casa. Una hace un comentario sobre que se terminan los talleres y también la escuela (porque algunas egresan del Tinku) y que ahora van a tener que buscar qué hacer. Hablan de manera acompasada, en voz baja, casi en murmullo.

En esta escena la Casa no aparece en su dimensión de Refugio contra las violencias de género más *visibles* (como la violencia física, sexual, verbal, entre otras) sino como lugar de encuentro entre compañeras, como un momento en la semana para dedicarse a ellas mismas (ya sea charlando, tomando mate, cocinando, jugando al fútbol o haciendo un taller). Es decir, la construcción feminista de esta organización no parece pasar primeramente por la agenda programática del movimiento de mujeres y feminista (por ejemplo la lucha por el aborto legal - aunque algunas compañeras marchen con el pañuelo de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto), sino por el instalar la idea y la experiencia en las mujeres de esos barrios de su derecho a un momento para ellas. Para divertirse, para preguntarse qué quieren, para reconstruir sus historias, entre otros.

Conclusiones

En el presente trabajo analicé dos ejes de una organización de Mujeres del Gran La Plata. Por un lado, su doble constitución como Refugio y Casa (esto último en relación no sólo a ser un espacio de militancia donde se realizan talleres, sino también un comedor, un espacio de ocio, etc.). Asimismo trabajé sobre la particularidad de la organización en relación con la escuela popular Tinku, tanto como lugar donde se conocieron las primeras militantes, como dispositivo que formó las relaciones al interior del espacio. Por otro lado, reconstruí la experiencia colectiva que generan las participantes en relación a los sentidos (círculos de presentación, el reconocerse compañeras, el nombrarse como nosotras, referir al feminismo y al movimiento de mujeres) y a las emociones que configuran dicha experiencia (vergüenza y amor).

Quedan, para trabajos futuros, no sólo la profundización de estos ejes y el trabajo sobre la relación entre la experiencia colectiva y las prácticas individuales y cotidianas, sino también las maternidades que viven y el lugar de lxs hijxs en la Casa, el análisis sobre el

crecimiento del espacio en relación a los comedores y a la política nacional del salario social complementario¹⁰, entre otros. Fundamentalmente queda abierta la pregunta por cómo los marcos de sentido movilizados en disputa, sumados a la economía emocional que se teje en la casa, construyen o no una identidad y cómo es el proceso. En este momento de la investigación la referencia a la noción de identidad no es productiva en la medida que toda identidad se construye en referencia a la alteridad, proceso que aún no estuvo presente en mi trabajo de campo.

Bibliografía

Ahmed, S. (2015) *La política cultura de las emociones*. Universidad Autónoma de México.

Bach, A. (2010) *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires. Biblos.

Beauvoir, S. (1982) *El segundo sexo*, Siglo veintiuno, Buenos Aires.

Butler, J. (2010) *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós, [1993].

De la Garza Toledo, E. (2001) Subjetividad, cultura y estructura. *Iztapalapa: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 83-104.

Ergas, Yasmine. "El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta", en Duby, G. y M. Perrot (eds.), *Historia de las Mujeres*, T. 10, Taurus, Madrid, 1993, pp.154-

Espinosa, C. (2011). "Cansadas de ceder". Sentidos de la politización del género en el Espacio de Mujeres de un movimiento piquetero. (Con)textos: revista d'antropologia i investigació social, (5), 46-61.

Millet, K. (1995) *Política Sexual*, Cátedra, Madrid.

Partenio, F. (2009). Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina. Informe final: Las deudas abiertas de América Latina y el Caribe, 1-36.

Retamozo, M. (2009). Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales. *Athenea Digital*, 16, 95-123.

Ruffa, B. (1997). Casas-refugio para mujeres maltratadas. Más allá de la protección. Isis Internacional. 16 4-8

Scott, J. W. (1991). Experiencia. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E-ISSN: 2448-7724*, 2(13), 42-74.

¹⁰ El Salario Social Complementario es un derivado de la Ley de Emergencia Social implementado en 2017, direccionado a los y las trabajadoras de la economía popular.

Scott, J. (1993) El género: Una categoría útil para el análisis histórico, en VV.AA., *De mujer a género*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 17-50.

Scott, J. (2001) Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?, en *La manzana de la discordia*, Enero - Junio, vol. 6, n° 1, pp. 95-101. En: <http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/volumenes/articulos/V6N1/art9.pdf> (Visitado 24/09/2018)

Wittig, M. (2006) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Madrid.